

ne, se inferia con bastante claridad que las disciplinas podian considerarse como otras muchas maceraciones no menos singulares, practicadas con edificacion en la antigüedad.

Trató tambien de justificar las compensaciones y redenciones de las penitencias, que principiaban por aquel tiempo á acreditarse sobremanera; apología sencilla y fácil, conteniéndose en los límites fijados por la Iglesia. En efecto, ¿qué obstáculo hay en que esta madre, no menos prudente que tierna, conmute á algunos hijos suyos ciertos géneros de penitencia impracticables, por otros que puedan cumplir con mayor facilidad? Tampoco se podia mirar como un abuso en esta clase de penitentes la devocion que tenian de que en cuanto fuese posible supliesen por su propia insuficiencia las oraciones y austeridades de los santos monges y de los santos eclesiásticos. El abuso de las conmutaciones ó la abolicion casi imperceptible de las penitencias canónicas, provenia especialmente de la generalidad del principio con que parecia autorizarse el mismo apologista, mas piadoso en sus intenciones que exacto en sus discursos. Muchas eran las personas que estaban convencidas entonces, de que por cada pecado era absolutamente necesario sin ninguna distincion de casos ó de circunstancias, que la penitencia señalada por los cánones se cumpliese al pie de la letra. Así, cuando un pecador habia incurrido, por ejemplo, veinte veces en una falta que merecia diez años de penitencia canónica, comprendia esta el tiempo preciso de doscientos años: y

como era manifiestamente imposible cumplirla por sí mismo, no habia mas arbitrio que valerse del auxilio de otros. Con este objeto especificaron los pecados que se espiaban con tal y tal obra determinada. Pedro Damiano dice haber oido á su discípulo Santo Domingo, que se cumplieran cien años de penitencia con veinte salterios acompañados de disciplina, es decir, que ciento cincuenta salmos y quince mil azotes, pues se recibian ciento á cada salmo, equivalian á cinco años de penitencia canónica (1). De suerte, que en algunos dias un hombre tan austero como Domingo podia dejar libre á un pecador de esta penitencia de cien años. Mas no debemos creer que estas ideas estuviesen generalmente recibidas, supuesto que el mismo Pedro Damiano nos afirma que padecieron grandes contradicciones en su tiempo antes que hubiese demostrado la esperiencia cuán peligrosas eran (2); y vemos tambien por un concilio celebrado mucho tiempo antes en Chalons del Saona, que la Iglesia habia previsto el peligro y procurado evitarle (3). Hicieron reclamaciones sobre este punto en todos los siglos una multitud de pastores ilustrados.

31. Han dado en rostro á Pedro Damiano el haber acreditado muchas devociones nuevas, como la práctica establecida poco antes de consagrar el lunes en honor de los ángeles, el viernes de la cruz, y el sábado de la Virgen. Usando algunos de estos censores de una dureza poco comun entre los modernos,

(1) *Petr. Dam. Opusc.* 51. cap. 8. (2) *Id. lib. 5. Epist.* 8.

(3) *Conc. Cabil. ann.* 813.

y procediendo con una acrimonia aun mas estraña entre ortodoxos, se detienen principalmente en el gran número de misas, y en el oficio parvo de la Virgen, y refieren con este motivo algunos rasgos de credulidad, que solo sirven para desacreditar esta práctica. ¿Y qué objeto puede tener el egeemplo que citan, por no hablar de otros, de un gran pecador á quien afirmó María en el artículo de la muerte, que le habian sido perdonados sus pecados por haber rezado con mucha exactitud y puntualidad el oficio parvo? ¿No exigia la circunspeccion tan necesaria cuando se trata de estas materias, y aun la misma justicia, que se diese causa para creer falsamente que un doctor tan respetable como Pedro Damiano hubiese enseñado que podian salvarse los pecadores devotos de la Virgen, sin tener un arrepentimiento sincero de sus pecados? Infiérase aquí, si se quiere, que semejantes oficios y prácticas son algo mas que inútiles, como lo dicen algunos hombres temerarios á quienes es ocioso refutar, pues basta recordar la advertencia tantas veces repetida, aunque con poco fruto, de que es necesario distinguir entre los abusos, y el objeto porque se introducen. No se necesita otra cosa sino que la Iglesia apruebe el oficio parvo de María de un modo tan auténtico, como lo hace adoptándole en todas partes, para que los fieles respeten su uso. Y aun poniéndonos á penetrar sus intenciones, cuando multiplica los oficios y las oraciones vocales, quedaria cualquiera convencido de su sabiduría y prudencia por las solas circunstancias de los

tiempos y de los lugares en que se multiplicaron estas devociones exteriores, si semejante exámen se hiciese sin preocupacion y con la rectitud conveniente. ¿No eran las mas á propósito, y casi las únicas que convenian á unas naciones groseras, que empleadas de continuo en escursiones y tumultos, eran incapaces de aplicacion y de reflexion? Desde que la Iglesia reconoce mas moderacion en las costumbres y mas capacidad en sus hijos para pensar y meditar, ¿hay ocupacion que recomiende con mayor esmero que la oracion mental, la lectura de los libros santos, y la meditacion de las verdades eternas?

32. San Rodolfo, obispo de Eugubio, cuya vida escribió Pedro Damiano como la de Santo Domingo, murió cerca de un año despues que su santo condiscípulo, á la edad de treinta años con corta diferencia (1). No se retiró del siglo hasta siete años antes de su muerte, y en una carrera tan breve honró sucesivamente la vida monástica y la episcopal. Dió entonces libertad á sus siervos, y habiendo obtenido el consentimiento de su familia, hizo donacion de su castillo, que se tenia por inconquistable, y de todas sus tierras al monasterio de Fontevellana, donde abrazó la vida eremítica con su hermano mayor. Admiraron uno y otro á todos los solitarios con su regularidad, con su austeridad y con una humildad tan profunda, como era grande la elevacion que les habian dado el nacimiento y la fortuna. Obligado Rodolfo á aceptar la dignidad episcopal, conservó

(1) *Vit. S. Rod. ap. Petr. Dam. Sæc. VI. Bened.*

su corazón siempre afecto á la soledad. Miró su palacio como una simple hospedería, y su celda como su verdadero domicilio. Nunca se despojó del cilicio ni de los hábitos monásticos: por lo comun comia solo pan de cebada, y esto en corta cantidad; y en los frios mas rigurosos dormia en camisa, sin ningun otro abrigo, y encima de unas tablas. No obstante, lejos de agradecerle tantos sacrificios su pueblo indócil y vilmente interesado, solia no conformarse con sus instrucciones sino cuando queria obtener de él algunas gracias temporales; y á pesar de esto, le administraba infatigablemente el pan de la divina palabra, celebraba con puntualidad el sínodo anual, y vivia con la mayor economía para aliviar á los pobres. No cesó hasta la muerte de cumplir con una constancia heroica todas las obligaciones de una dignidad que fue siempre para él una carga muy molesta.

33. y 34. De este modo se empleaba Pedro Damiano, desde que logró dejar su obispado de Ostia, en inspirar á sus discípulos todo género de virtudes, y en perfeccionarse á sí propio en ellas, cuando su amistad con San Hugo de Cluny, y la inclinacion con que le miraba el Papa Alejandro, le obligaron á pasar á las Galias en calidad de legado (1). Habia ido á Roma el santo abad de Cluny á quejarse de Drogon, obispo de Macon, por haber vulnerado éste de un modo muy irregular las inmunidades de su monasterio. Terminó Pedro Damiano muy en breve

(1) *Bibl. Clun.* pag. 509. = *Tom. 9. Conciliar.* pag. 1177.

esta causa en un concilio de los obispos de las diócesis inmediatas, en el que procuraron extinguir para siempre aquella antigua desavenencia. Pero no se limitaban á esta comision las facultades del legado, como aparece de sus credenciales dirigidas á los arzobispos de Rems, Sens, Tours, Bourges y Burdeos. Despues de llamar el Papa á Pedro Damiano lumbrera de la santa Sede y columna de la iglesia romana, añade, que le confiere todo género de autoridad para que lo que resuelva y ordene en sus provincias, sea igualmente válido que si lo hubiese dispuesto él mismo despues de un maduro exámen. El santo legado revestido de este poder, persiguió con infatigable teson la simonía, y tomó las providencias mas eficaces para que volviese á florecer la antigua pureza de los cánones.

35. Encargáronle algunos años despues otra nueva legacion que exigia toda la firmeza que el Sumo Pontífice habia observado en él en tantas ocasiones. El Rey de Germania Enrique IV, que á los diez y ocho años anunciaba ya los escándalos que habia de dar en lo sucesivo, queria repudiar á la Reina Berta, hija de Oton, marqués de Italia, y coronada con toda solemnidad. El libertinage era el único motivo que tenia este Príncipe, que hacia justicia á la virtud de su esposa, no alegando ninguna razon para divorciarse. Pedro Damiano llenó todas las esperanzas del Papa, supuesto que en un concilio congregado en Maguncia se declararon contra el Rey todos los grandes, aplaudieron mucho la conducta del le-

gado, y el Príncipe que temia á la familia poderosa de la Reina, tomó el partido del disimulo (1). Volviendo en fin de una legacion de Ravena, que dieron tambien á Pedro á pesar de su avanzada edad, murió en Faenza, donde le veneran como Santo. Es célebre en toda la Iglesia por la piedad de sus escritos, por la austeridad de su vida, por la firmeza de su celo, y por sus continuas tareas para restablecer la disciplina. La Providencia dispuso que pasase por el estado clerical y monástico, para que hiciese una guerra mas viva á los abusos introducidos en uno y otro, y les presentase en sus obras el modelo de todo lo que enseñaba.

36. Dió San Vulstano los mismos egemplos en Inglaterra, y con el mismo buen éxito (2). Habíase inclinado á la piedad y á la perfeccion evangélica en la casa de sus padres, que eran muy piadosos y abrazaron uno y otro la vida monástica. Muertos estos, se puso bajo la direccion de Brithegio, obispo de Worchester, que le ordenó de sacerdote siendo todavía muy jóven, y trató de conferirle un beneficio pingüe. Mas no quiso admitirle Vulstano, y abrazó el estado de monge en la catedral de la misma ciudad. Eleváronle su mérito, su regularidad y su virtud sublime á la dignidad de dean, en la que supo conciliar las funciones del celo y de la beneficencia con la mortificacion y el mas profundo recogimiento. Empleaba las noches en cantar el salterio,

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 1300.* (2) *Vit. ap. Bolland. tom. 2. pag. 239. = Act. Bened. sæc. VI. part. 2. cap. 848.*

segun la devocion de aquel tiempo, haciendo frecuentes genuflexiones. No tomaba alimento alguno tres dias á la semana, y se abstenia de toda conversacion con los hombres. Los otros cuatro no comia mas que pan y algunas legumbres comunes, á escepcion del domingo en que comia pescado y bebia vino. Daba de comer á tres pobres todos los dias indistintamente, y les lavaba los pies.

Llegaron los legados de Roma con Aldredo, arzobispo de Yorck, que habia ido en peregrinacion á aquella ciudad, y visitaron en su compañía casi todas las iglesias de Inglaterra. Durante la cuaresma estuvieron alojados en el monasterio de la catedral de Worchester, donde se admiraron al ver el método de vida del dean Vulstano, y manifestaron en la corte los sentimientos de que iban penetrados. Como se trataba en ella de elegir obispo de Worchester, se creyó que nadie era mas digno de ocupar aquel puesto que el santo dean. Toda la dificultad consistia en vencer su resistencia, á cuyo fin se echó mano de un récluso llamado Vulfino, que estaba en opinion de Santo habia ya cuarenta años. Pero á unos medios tan eficaces para vencer la modestia de Vulstano, fue necesario que los legados añadiesen toda la autoridad apostólica de que estaban revestidos. Obedeció gimiendo, y en treinta y cuatro años que gobernó el obispado se mostró tan digno de él como se habia juzgado incapáz de desempeñar sus funciones.

37. La Inglaterra estaba entonces sujeta á las leyes del santo Rey Eduardo, porque despues de la

muerte de los Reyes Haraldo y Canuto II, hijos tan poco dignos del gran Canuto su padre, se acordaron los ingleses del valeroso Edmundo y de la amable sangre de sus Príncipes naturales. Pero los hijos de Edmundo, que eran todavía de muy corta edad, estaban al otro extremo de Europa con el Rey de Hungría, el cual no se hallaba en estado de hacerlos superiores á la facción dinamarquesa. Pusieron, pues, los ojos en sus tios paternos, Alfredo y Eduardo, que además de la edad propia para gobernar, tenían un protector poderoso en Guillelmo, duque de Normandía, á cuya corte se habían refugiado. Pudieron en efecto más que los dinamarqueses; pero Godwino, conde de Cant, hizo que asesinasen á Alfredo que era el mayor de los dos, al entrar en el reinado. Este hombre ambicioso y de grande autoridad entre los ingleses, se lisongeaba con la esperanza de que le sería más fácil dominar al pacífico y tranquilo Eduardo que á Alfredo; y efectivamente parecia que el nuevo Rey, el cual fue consagrado el día de Pascua del año 1044, no había tomado el nombre de tal más que para poner sus funciones y toda su autoridad en manos de Godwino, á cuya hija Editha eligió por esposa.

Este suegro tiránico no perdonó á la madre del Rey, la Reina Emma, temiendo verosíblemente los derechos que tenía para hacerse dueña de un corazón tan bien formado como el de Eduardo. Después de haberla perseguido mucho tiempo con varios pretextos, quiso arruinarla para siempre, y la acusó de

que tenía un comercio vergonzoso con el obispo de Winchester. Emma, que había sufrido con paciencia la pérdida de todos sus bienes, no pudo tolerar que se pretendiese quitarla también su honor. Se ofreció á padecer la prueba del hierro hecho ascua, y anduvo en efecto con los pies descalzos encima de nueve barras ardiendo, sin recibir ninguna lesión (1). Por más imperio que tuviese el conde en el ánimo del Rey, no pudo resistir este buen Príncipe á la voz de la naturaleza y á la del cielo que gritaban á un mismo tiempo. Pidió perdón á su madre, la restituyó, como también al obispo de Winchester, todo lo que se les había quitado, y empezó á observar con atención la conducta de su ministro.

Estaba el orgulloso conde tan acostumbrado al imperio, que no era fácil reducirle á la obediencia; y así, á la primera ocasión que tuvo, levantó el estandarte de la rebelión, y se armó contra su Soberano; pero el poder del virtuoso Eduardo estaba sólidamente establecido en el corazón de sus vasallos. No habiendo podido Godwino seducir más que á un corto número de ellos, se vió precisado á huir del reino, y aunque después logró que se le perdonase su delito verosíblemente por la mediación de la Reina su hija, le trató siempre el Rey con la autoridad de Soberano, ya que había sabido ponerse en posesión de todos sus derechos. Para contenerle mejor y darle á entender que no se le perdía de vista, quiso significarle las justas sospechas que había contra

(1) *Bolland. 5. Jan. tom. 1. pag. 230.*